

El maestro Dióscoro Galindo, fusilado y enterrado con Lorca, nació en Valladolid

En la partida de nacimiento del profesor figura que vino al mundo el 12 de diciembre de 1877 en el municipio de Ciguñuela a las 22.00 horas

ÍÑIGO SALINAS ZAMORA

La noche del 19 de agosto de 1936, dos días después de comenzar la Guerra Civil, el bando fascista de la localidad granadina de Pulianas fusiló junto a un olivo de la carretera de Víznar a Alfacar a un poeta, dos banderilleros y un maestro de primera enseñanza. El poeta era Lorca, los banderilleros Galadí y Cabezas. Y el profesor, Dióscoro García; un republicano humanista y librepensador que nació en el número 16 de la Calle del Medio de la localidad vallisoletana de Ciguñuela.

Pero resulta que, por esos malabares imposibles que sólo domina el destino, cuatro personas tan dispares recibieron el tiro de gracia en el mismo lugar y a la misma hora. Y todavía hoy, 72 años después, sus restos reposan bajo un manto de tierra que, de momento, nadie osa remover.

Pero el peso de la historia está cayendo como plomo sobre los recuerdos tapiados de miles de descendientes que no quieren morir sin antes desterrar del olvido a tantos familiares que agonizan en una fosa cualquiera de algún campo perdido.

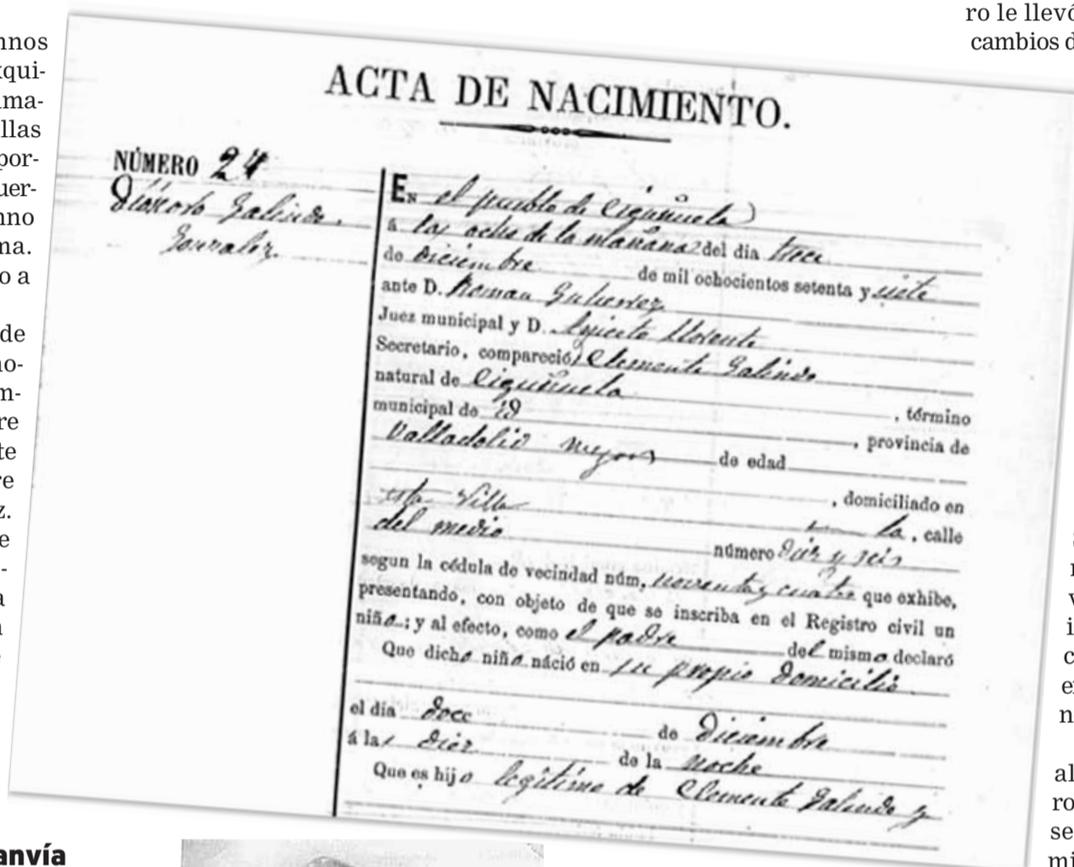
Si bien es cierto que el nombre de Víznar ha pasado a la historia por ser el lugar donde reposan los restos mortales de quien fue uno de los mejores poetas del siglo XX, no es menos verdad que en ese mismo lugar están sepultados otros tres españoles que, al igual que Lorca, cometieron el delito de opinar en contra de las ideas del bando contrario. Uno de ellos era Dióscoro Galindo, un profesor que

exigía a sus alumnos una puntualidad exquisita y que no escatimaba un tirón de patillas «cuando alguno se portaba mal», como recuerda su antiguo alumno Francisco Palma. «Pero quería mucho a los niños», matiza.

Dióscoro nació de noche, a las 22.00 horas del 12 de diciembre de 1877. Su padre se llamaba Clemente Galindo y su madre Marcelina González. A buen seguro que las calles de la pequeña Ciguñuela apenas se acuerdan de aquel vecino que dedicó su vida a la enseñanza, más bien por una jugada del destino que por otra cosa.

La capa y el tranvía

Rondaba los cuatro años cuando sus padres se trasladaron a Madrid. La infancia y adolescencia de Dióscoro transcurrió en una capital que, por aquel entonces, vivía una próspera etapa de negocios gracias a los ensanches y el Plan Castro, y que miraba de reojo a la primera línea de metro. Las mujeres lucían ostentosos sombreros y las capas adornaban las espaldas de los caballeros. Y fue precisamente la capa la que dio un giro a la vida de Dióscoro. Al bajarse de un tranvía, el manto se enganchó y el profesor fue atropellado. La pierna izquierda quedó



Dióscoro Galindo. / EL NORTE

Acta de nacimiento de Dióscoro Galindo, que figura en el registro del Ayuntamiento de Ciguñuela.

atrapada en los raíles y el tranvía pasó por encima de ella. Para evitar la muerte por gangrena, los médicos cortaron la extremidad. Así lo relata el autor Francisco Viñeras en el libro 'Los paseados con Lorca'.

Aquel accidente truncó los estudios de Veterinaria de Dióscoro, que trasladó su residencia a Valladolid para comenzar la carrera de Magisterio, que finalizó

en 1903. El amor llegó bajo el nombre de Juliana Monge, y se materializó con el nacimiento de su hijo Antonio.

La inquietud del joven Dióscoro le llevó a solicitar continuos cambios de destino, por lo que llegó a impartir clases en el norte de España, Granada, Sevilla, Ciudad Real y, por último, en Pulianas, donde recuerdan que si un alumno llegaba triste a la escuela, Dióscoro iba a su casa para intentar solucionar el problema.

No es de extrañar que las familias apreciaran al maestro, que ya por entonces era conocido como 'El cojo'. Sin embargo, los padres más conservadores veían con malos ojos que impartiera una educación laica y negara la existencia de Dios porque no podía palpar.

Los incidentes con los altos cargos se sucedieron. Y fue precisamente el secretario del Ayuntamiento de Pulianas quien firmó la sentencia de muerte de El maestro cojo.

La detención

En las elecciones del 16 de febrero de 1936 representó en la mesa electoral al Frente Popular para «impedir cacicadas». Su afán por garantizar la transparencia democrática vio como resultado el triunfo del partido que defendía. Los gritos de «Viva el maestro nacional de Pulianas».

Aquellos vítores sacudieron las puertas de los falangistas, que acudieron a casa de Dióscoro para buscar algún libro delatador que jamás encontraron. Pero no hacían falta pruebas para montarle en un camión con destino a la muerte. Eran las dos de la madrugada del 18 de agosto de 1936 cuando cuatro falangistas armados entraron para interrogarle. «Volverá enseguida», aseguraron a Antonio, hijo del maestro. Aquel interrogatorio que nunca se formuló terminó con una sentencia de muerte en cualquier campo andaluz, cerca de algún olivo.

Dióscoro tenía 58 años cuando fue ejecutado entre Víznar y Alfacar. A su lado reposan los restos mortales de un poeta y dos banderilleros con los que tan sólo tuvo en común la muerte. Pero resulta que, por esos malabares imposibles que sólo domina el destino, cuatro personas tan dispares recibieron el tiro de gracia en el mismo lugar y a la misma hora.

Y todavía hoy, 72 años después, sus restos reposan bajo un manto de tierra que, de momento, nadie osa remover.

NIEVES GALINDO NIETA DE DIÓSCORO GALINDO

«Creo que mi abuelo debe de estar enterrado en un cementerio, como todos»

La nieta del maestro reconoce que no se ha puesto en contacto con la familia del poeta

Í. S. ZAMORA

Nieves Galindo lleva «alrededor de diez años» luchando para que se exhumen los restos mortales de su abuelo, Dióscoro Galindo. Hoy, después de la investigación que ha abierto el juez de la Au-

diencia Nacional Baltasar Garzón asegura que ve «algo de luz al final del túnel, pero que todavía hay que esperar».

—Supongo que habrán recibido con agrado la posible exhumación de la fosa, ¿no? —Sí, por supuesto. Llevamos unos diez años intentando poder exhumar la fosa donde está mi abuelo y, ahora, por fin, parece que hay algo de luz al final del túnel, pero todavía hay que esperar. Es verdad que jamás perdimos la esperanza, pero también es cierto que, a veces piensas que se va a quedar todo como está.

—El proceso no ha sido fácil... —Hay demasiados impedimentos. —La familia de Lorca sostiene que la exhumación desvirtuaría la memoria de aquella época, ¿cree usted lo mismo? —No. Yo lo que creo es que mi abuelo necesita que le recuerde su familia y nadie más. —¿Se han puesto en contacto con la familia Lorca? —No, y tampoco hemos recibido ningún mensaje de ellos. —Parece que al final van a aceptar la exhumación de la fosa. —No es que lo acepten, es que su

decisión está forzada por la decisión judicial. Ellos siguen opinando lo mismo que siempre porque, según ellos, esto puede llegar a convertirse en un circo mediático... No lo entiendo. —Si al final localizan los restos de su abuelo, ¿que van a hacer con ellos? —Creo que mi abuelo debe de estar enterrado en un cementerio, como todo el mundo. Lo que no es normal es que esté en una fosa común de la Guerra Civil. —¿Y dónde le enterrarían? —En el cementerio de Pulianas, donde impartió clase.